

COMPRE USTED MAÑANA
el número 34 de la popular
publicación semanal de
BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

La Novela Intima
Cinematográfica

—
Contiene la biografía de
el célebre actor

CONRAD NAGEL

—
Numerosos datos y fotografías

:: Regalo de una lujosa postal ::

—
:: Precio popular: 35 céntimos ::

De venta en todas partes

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

PROPAGANDA
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

N.º 204

25 cts.



CUESTA
MENOS CASARSE

POR
PAULETTE DUVAL,
LEWIS STONE, etc.
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 204

Cuesta menos casarse

Comedia dramática de magnífico asunto, interpretada por los siguientes artistas:

Margarita de la Motte en «el rôle» de *Doris Parker*
Paulette Duval » » *Eva Gardner*
Louise Fazenda » » *Flora Lowery*
Lewis Stone » » *Jaime Knigh*
Conrad Nagel » » *Ricardo Tyler*
Claude Gillingwater » » *Evaristo Ruddley*
Richard Wayne » » *Daniel Whitney*

Producción Metro Goldwyn Pictures

Exclusiva de

Metro Goldwyn Corporation

Rambla Cataluña, 122

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
WILLIAM DESMOND

Cuesta menos casarse

Argumento de la película

Ricardo Tyler creía firmemente que donde come uno comen dos. Tenía una novia, una criatura fiel y encantadora, con la que iba a casarse. Esa mujer constituía para el muchacho toda la ilusión de su vida.

Una tarde, Ricardo entró en una joyería a adquirir una de aquellas brillantes sortijas que sobre estuches de piel azul adornaban los escaparates. Los diamantes con su centelleo luminoso, sus rayos de blanca luz, le subyugaban. Pero ante aquellos lindos soles preciosos, se convenció de que el diamante era el cuerpo más duro... de adquirir. El precio era exorbitante... Sin embargo, sus economías y el brillante porvenir que se abría ante él, le permitieron comprar una joya para la novia adorada.

Con el lindo estuche y pensando en lo contenta que estaría su Doris, se encaminó, iluminado y saboreando su alegría, hacia el estudio de la muchacha.

Doris Parker, la novia de Ricardo, era una alumna de la Academia de Bellas Artes, chiquilla huérfana que vivía de una pensión concedida por unos parientes de provincia, y del dinero que sacaba modelando bustos y lindas esculturas.

Cuando entró Ricardo, Doris se hallaba copiando la figura de un mono, un pequeño animal

doméstico, que, al ver llegar al joven, palmeó expresando su júbilo.

—Inmortalizando al Adán... según Darwin ¿eh? — preguntó riendo Tyler al propio tiempo que llenaba de besos a su novia.

—Según Darwin... y según muchos — contestó ella, picaresca.

Se abrazaron con el entusiasmo de su triunfante juventud. El mono, ante las caricias que no llevaban trazas de acabar, piadosamente se cubrió los ojos con el sombrero hongo de Ricardo. ¡Hay cosas que ni un mono puede ver con tranquilidad!

Ricardo mostró a su novia la preciosa joya, un anillo en cuyo centro palpitaba la gota de agua de un diamante.

Los ojos de Doris brillaron con la fascinación que ejercen las joyas sobre el alma de la mujer.

—¡Qué hermosa es!... ¡Pero... te habrá costado muy cara!...

—No te preocupes, chiquilla... Hasta ahora he sido únicamente el empleado de confianza de Jaime Knight, pero, desde hoy, soy el socio de la casa.

—¿Tú?

—Y podremos anticipar la fecha de nuestra boda...

—¿De veras?... ¿De veras?

Latían sus corazones de felicidad. Eran jóvenes, libres... Y para celebrar el ascenso de Ricardo, acordaron comer en un *restaurant* y beber un buen vino de oro de Francia...

Esta vida sobria, tranquila y con vistas al casamiento de Ricardo Tyler, no era precisamente la que llevaba el apuesto y distinguido señor Jaime Knight, acérrimo enemigo del matrimonio. Una estrecha amistad unía a Jaime

con su antiguo empleado, hasta el extremo de haberlo asociado en su negocio de agente de bolsa.

La propia tarde en que Ricardo compraba el anillo de diamantes para su Doris, Jaime Knight entraba en otra joyería de lujo "en que los anillos de matrimonio tenían poca venta".

Soltero, rico, teniendo a su alcance todos los placeres, Jaime tomaba el amor a su manera. Era uno de esos hombres que creen en la filo-



—Y podremos anticipar la fecha de nuestra boda...

sofía de los refranes, y especialmente en la de aquel que dice: "Antes que te cases, mira lo que haces".

Después de comprar un aderezo de brillantes, con la tranquilidad del hombre acostumbrado a efectuar tales regalos, dirigióse a una

casa de uno de los barrios más elegantes de la misma ciudad, donde rara vez repicaban a bodas. En ella hallaba Jaime Knight el amor tal como lo entendía.

Vivía en la casa, amueblada con cierto desordenado lujo, Eva Gardner, una preciosa mujer que era la amiga del apuesto Jaime.

De los tres atributos de la felicidad de una mujer, el amor, el sentirse independiente y la ajena estimación, Eva Gardner contaba con dos.

Jaime sentía por Eva toda la pasión de una madurez, plena y apasionada. Los regalos, los vestidos, las joyas, todo le parecía poco para adornar a la espléndida diosa de sus encantos. Enemigo del matrimonio, había encontrado en Eva la embriaguez de un ferviente amor, sin someterse a esclavitudes ni eternas cadenas de sumisión.

Quedó Eva deslumbrada ante el aderezo de brillantes que Jaime le mostraba con orgullo.

—Querido... Nunca te cansas de hacerme obsequios...

—Tú sabes que no hay nada que yo no esté dispuesto a comprarte con el fin de verte contenta.

—¡Eres muy bueno... Jaime!... — dijo Eva satisfecha del desprendimiento constante de su amigo.

—Ahora... vámonos a comer a un *restaurant* donde no haya mucha concurrencia — propuso Jaime Knight.

Una repentina tristeza, un leve mohín de su boquita pintada, se dibujó en el rostro de la mujer.

—Siempre lo mismo — dijo —. Cualquiera diría que temes la concurrencia... o que te vean conmigo las personas que conoces.

Ella hubiera deseado la exhibición, penetrar en los grandes círculos donde se reunían los hombres de las letras y de la banca, triunfar y ser admirada por una sociedad que quedara deslumbrada ante sus piedras preciosas y sus vestidos de una magnificencia real. Deseaba vencer como una reina que siente la voluptuosidad de ser adorada por el pueblo... Pero Jaime, que satisfacía todos sus caprichos, todas sus ilusiones, en este punto se mostraba intransigente: quería permanecer alejado de la concurrencia.

Knight se sorprendió al escuchar las quejas de su amiga. Y con una sonrisa de tranquilidad, sin darle importancia, respondió:

—¡Cá, no es eso! Sí a mí me gustan los sitios poco concurridos, es precisamente porque en ellos podemos estar más libres de miradas indiscretas.

—Bueno, vámonos a donde tú quieras... Siempre has de tener razón...

Y con cierta sonrisa melancólica, Eva se envolvió en su abrigo de pieles, dispuesta a comer en un *restaurant* donde hubiera poca gente...

Jaime procuraba con sus caricias disipar el malhumor de su amiga. Eva había puesto el dedo en la llaga. Porque si él no la llevaba a sitios donde estaban todos sus amigos, gentes de solvencia comercial, era con su cálculo y razón. Su temple de hombre severo, intachable, formal, acaso hubiera podido sufrir mella al lado de una amiga guapa, deslumbrante de incalculables joyas. Las gentes que fiaban en su seriedad, confiándole su dinero para la compra de valores, tal vez se escamaran considerando su vida privada poco recomendable... Y había que ocultar el pecado...

* * *

Desde que el mundo es mundo, las mujeres hermosas han tratado de no dejar de serlo, y las pobrecillas feas, de parecerlo.

Pocos lugares se ven tan frecuentados como los Institutos de Belleza, donde acuden las mujeres para adornar el tesoro de su cuerpo. Las hermosas procuran estilizar sus encantos, dándoles cierto misterio, cierta seducción irresistibles; las feas contemplan con veneración religiosa a las sacerdotisas del Instituto que con sus perfumes, sus tenacillas, sus masajes, transforman su cuerpo pesado y sin gracia, en algo etéreo, inmaterial y glorioso. Las jóvenes van para conservar eternamente sus gracias; las viejas para recuperar lo perdido, transformar la madurez, la decadencia de sus encantos, en una segunda juventud, picante y juguetona.

Mujeres gordas sufren horribles tormentos para conseguir adelgazar, entregándose a gimnasias violentas y sofocantes. Y los peluqueros tratan de tomarle el pelo al tiempo convirtiendo a las mamás en contemporáneas de las hijas.

En uno de los Institutos de Belleza de Nueva York, se hallaba Flora Lowery que llevaba ya gastado un capital en embellecerse y aguantaba el suplicio de cien tenacillas sobre su cabeza, con paciente tranquilidad.

—Pórtate bien — le decía a su perrito, al que también ondulaban —, y verás cómo el día menos pensado te trae tu mamaíta un papaito.

Porque Flora no tenía en el mundo otra ilusión que casarse... Había llegado a los treinta años, pero el amor continuaba brillando por su ausencia. Y apelaba a todos los artificios, a

todos los sortilegios del tocador para hacer agradable y seductora su figura.

Flora, que era alumna de la Escuela de Bellas Artes, se encontró en el Instituto con Doris Parker, la novia de Ricardo Tyler, que acudía también a embellecerse como todas las mujeres elegantes.

Eva Gardner, que en otro tiempo había sido alumna de la misma Escuela, pasó ante las dos amigas. Flora la llamó, llevada de su carácter bullanguero que no olvidaba sus antiguas conchas. Eva y Doris se miraron con cierta curiosidad, como si no acertaran a reconocerse.

—Ésa es Eva Gardner, la de la Escuela de Bellas Artes, ¿te acuerdas?

—¡Ah, sí!

—Eva, tú recordarás a Doris Parker...

—Perdóname... había pasado tanto tiempo... pero ¿cómo te va la vida, Doris?...

Las tres recordaron alegremente los días bulliciosos de la Escuela. Flora y Doris habían seguido cultivando la escultura, pero Eva había desaparecido de la Academia algún tiempo después. Ignoraban la vida que ella llevaba, que hubiese dado oídas al acento seductor de Jaime Knight y... a su libro de cheques, constantemente renovado. Desconocían por entero su conducta. Y la creían tan honrada como ellas.

* * *

En Wall Street, la calle de Nueva York centro de la alta banca, donde se hacen — y se deshacen — enormes fortunas, tenían su despacho los corredores de Bolsa Knight y Tyler.

—Buenos días, mi querido socio.

—Hombre, Ricardo — contestó Jaime, sonriendo — ¿se le ha olvidado a usted cómo me

llamo? Lo digo porque van ya nueve veces que me llama usted socio como si ese fuera mi nombre.

—Es la alegría de mi nuevo carguito... ¿comprende?...

—Y, a propósito... ¿qué tal resulta eso de que le hagan a uno socio, amigo Ricardo?...

—¡Maravilloso!... Con decirle a usted que he resuelto formar otra sociedad por mi cuenta bajo la razón de Ricardo Tyler y señora...

La alegría de Jaime desapareció.

—Me parece que comete usted un error, amigo Ricardo. Un joven que empieza a labrarse un porvenir, necesita disponer de todo su dinero, de todo su tiempo y de toda su libertad.

—¡Ah! Si conociese a mi novia, me aconsejaría que me casara sin vacilar.

—Cuando llegue usted a mi edad se dará cuenta de que un hombre puede estar muy enamorado sin perjuicio de creer que el matrimonio es más bien un obstáculo que otra cosa para la felicidad.

A Ricardo le parecían absurdas las teorías de su amigo.

—Está usted equivocado. ¿Adónde iríamos a parar si todo el mundo tuviera semejantes ideas?

Sonó el timbre del teléfono y Jaime cogió el auricular y siguió hablando con Ricardo, sin sospechar que sus palabras podían ser oídas por la persona que pedía la comunicación.

—No sea usted nunca esclavo del amor. El hombre que deje comprender a una mujer que no puede vivir sin ella, está perdido, y lo merece, por estúpido.

Una voz femenina vino a herir sus oídos, desde el teléfono:

—¡Muy bien... muy bien... caballero!...

¡Era nada menos que la voz de Eva!...

—Pero... pero — exclamó Jaime turbado, ante el aparato — ¡cómo iba yo a sospechar que me estabas oyendo!... ¡Son cosas que uno dice sin sentir!...

—Tomo nota de tu consejo, porque supongo que es aplicable a nosotras, las mujeres — siguió diciendo la voz.

—No me refería de ningún modo a ti. Tú eres distinta de las demás.

—Te perdonaré por esta vez, pero no sin imponerte una penitencia, y más severa de lo que crees: no te presentes aquí sin traerme una pulsera de diamantes.

—Ahora mismo voy por ella... ¡Adiós!

Dejó el aparato y suspiró... ¡Qué imprudencia hablar ante el teléfono! ¡Y él que estaba verdaderamente enamorado de Eva!

Ricardo, que por las palabras que pronunció su socio comprendió que se disculpaba ante una mujer, soltó una gran carcajada.

—No sea usted nunca esclavo del amor...

—No me venga con chirigotas. Eso es otra cosa — respondió Jaime mientras se ponía el abrigo para ir a comprar a su amiga el prometido regalo.

—El hombre que le deje comprender a una mujer que no puede vivir sin ella, está perdido — siguió Ricardo, remedando las antiguas teorías de su socio.

—Discutiremos otro rato. No es lo mismo...

—¡Admirable, amigo Jaime! ¡Buen ejemplo da usted!...

Jaime ya no le oía; bajaba precipitadamente la escalera para dirigirse a la joyería más próxima. ¡Ay! El no era esclavo de la esposa... pero sí de la mujer.

A siguiente día, en el Instituto de Belleza volvían a encontrarse las amigas de la Escuela de Bellas Artes. Doris había estado conversando con Flora, y mientras se sumergía en el baño dejó en poder de su compañera el anillo que Ricardo le regaló.

Eva, maquillada y deliciosa, dijo a Flora:

—¿No quieres venir a una comida que doy mañana?

—Con una condición, que me coloques cerca de un hombre simpático.

—¿Qué tal te parece Evaristo Riddle, el banquero?

—¿Banquero? Ni una palabra más, giraré contra él a primera vista. Y, oye... ¿por qué no invitas a Doris y a su novio?... Mira, este es su anillo de compromiso.

Eva contempló la sortija de su amiga y sonrió con un mohín indefinible.

—¿Has visto qué suerte tienen algunas? — dijo mirando a Flora, fijamente —. Tendré mucho gusto en invitarles...

Y cuando Doris, recién salida del baño, llegó Eva, mostrándole la sortija, le dijo:

—Mi enhorabuena, Doris... y, hablando de todo: ¿quiere ir con su novio a una comida que doy mañana?

—Muy agradecida... Se lo diré a Ricardo, y probablemente iremos.

A la noche siguiente, Eva Gardner celebraba la fiesta. Jaime Knight se hallaba en la casa desde primeras horas.

La señorita Flora Lowery llegó hecha un pimpollo de belleza.

—Aquí me tienes, hija; compuesta... y sin banquero.

—No te impacientes, que no puede tardar...

Poco a poco fueron afluyendo los invitados. Entre ellos se hallaba Evaristo Riddle, un solterón que no estaba ya para fiestas. Riddle había accedido a la invitación de su cliente Eva Gardner.

Eva le presentó a su amiga Flora, la compañera que le destinaba... para esposa. El solterón quedó aturrido ante las palabras de Flora. La muchacha se apoderó de él y llevándolo a un rincón comenzó a hablarle con vertiginosa rapidez. ¡Dios mío! Aquella mujer no callaba un solo instante, y Riddle únicamente podía contestar con monosílabos.

Flora estaba entusiasmada con el banquero.

—¿Ha pensado usted alguna vez en casarse, señor Riddle? — dijo mirándole tiernamente.

—Sí, señorita; por eso soy soltero — respondió con cierta brusquedad don Evaristo. ¡En buena hora había él venido!

Entre los invitados figuraba Daniel Whitney, que sabía cómo se jugaba en la Bolsa y no ignoraba el papel que el oro juega en los amores de Broadway. Este individuo, traficante también en valores bursátiles, estaba enamorado de Eva.

Poco después llegaron Ricardo y Doris. Jaime se sorprendió al ver a su amigo en casa de Eva. ¿Cómo era aquello?

—No sabía que estaba usted invitado — le dijo sonriente.

—Sí... mi novia y la señorita Eva son antiguas amigas... Tengo el gusto de presentarle a Doris...

Jaime se inclinó ante la novia de su socio. Doris y Eva quedaron extrañadas viendo que los dos hombres se conocían. ¿Son ustedes amigos?

—Y algo más que amigos: el señor es mi socio — aclaró Knighth.

Un criado anunció a don Jaime que la mesa

estaba servida. Don Jaime en aquella casa lo era todo... ¡como que pagaba!.. La presencia del banquero Riddle y de Ricardo, molestó a Knight. ¡Había sido aquello una imprudencia de Eva!

Mientras los invitados se dirigían al comedor, Jaime preguntó a su amiga:

—¿Qué ocurrencia fué esa de invitar a mi banquero y a mi socio?

—¿Y cómo voy yo a saber quiénes son tus amigos o conocidos, Jaime? ¿Acaso me has presentado a ninguno de ellos?

—Podías haberlo evitado...

La comida transcurrió agradablemente. Flora no dejaba al señor Riddle. El pobre solterón temía se le indigestase la comida. ¡Qué chaparrón de palabras, Dios santo! Bebieron, ella quiso hacerlo con los brazos entrecruzados... Don Evaristo suplicó:

—Pero, criatura... ¿no ve usted que yo no estoy para esas bromas?

—Deme usted tiempo para pensarlo — contestó ella, como si hubiese escuchado una declaración de amor.

Quería rendir al banquero con todas sus coqueterías femeninas. Don Evaristo sufría.

Whitney, al lado de Eva, hablaba a ésta de cosas muy interesantes... El lo sabía de buena tinta. Los negocios de Jaime iban mal...

—Yo sé muy bien lo que pasa en Wall Street, y le respondo de que va a suceder algo que muchos no se esperan.

Eva le miraba con una sombra de preocupación.

Jaime había estado nervioso durante toda la comida. Después de una deliciosa velada, los invitados comenzaron a desfilar.

El viejo Riddle, que había conseguido por un

momento escapar de Flora, se disponía a salir, pero la muchacha corrió a su encuentro.

—¿No me va usted a acompañar a casa?

—Yo...

—¡Claro que sí! ¿Ha visto usted qué preguntas se me ocurren a veces?...

El banquero tuvo que resignarse. ¿Cuándo le dejaría aquella mujer?...

A Ricardo le había extrañado ver a Jaime en casa de Eva. ¿Qué relaciones unirían a su socio



Flora no dejaba al señor Riddle.

con la dueña de la casa? Pero hay cosas que no pueden ocultarse, y Ricardo, perspicaz y vigilante, adivinó que algo íntimo unía a Eva y a Jaime.

Cuando marcharon los invitados y quedaron únicamente Ricardo y Doris, el criado de la casa se acercó a Jaime y, como la cosa más natural, le dijo:

—¿Quiere el señor que espere el automóvil?...

Una sombra de disgusto se dibujó en el rostro de Jaime, que contestó negativamente.

Ricardo, adivinando lo que ya sospechaba, exclamó:

—Parece que está usted en su casa, Jaime.

—Sí, hasta cierto punto...

Y sus miradas se perdieron en Eva, mujer bella y voluptuosa, que con Doris conversaba cerca de allí.

—¡Qué joyas tan hermosas tiene usted, Eva!

—decía Doris admirando el espléndido centelleo de sus collares.

—No puedo quejarme de Wall Street.

—¿Juega usted a la Bolsa?...

—De ninguna manera... Hago que otros jueguen por mí — contestó riendo.

Mientras las dos mujeres sostenían este diálogo, Ricardo meditaba. Unos momentos después, dijo a su socio:

—Desde luego, Jaime, cada cual tiene derecho a vivir como le parezca; sin embargo, no deja de ser mortificante para mí que Doris llegue a enterarse de esto y suponga que yo la acompañé aquí a sabiendas de ello.

—Bueno... hombre, bueno; no hemos de disgustarnos por eso — respondió Jaime sonriendo.

—Ya veremos de no invitarla más, si a usted no le parece prudente, y tan amigos...

—Es lo mejor...

Ricardo y su novia se despidieron de Eva y de Jaime. Viéndoles marchar con la felicidad de dos enamorados, Eva, repentinamente preocupada, miró a Jaime y le dijo:

—¡Esos sí que son felices, Jaime!

Había en sus palabras como un reproche, como una tristeza de su vida de inmoralidad.

—Por ahora, sí — contestó su amigo —; pe-

ro ya hablaremos cuando lleven un año de casados. El matrimonio mata la poesía del amor.

—¡Oh! ¡Quién sabe!

Para Jaime no existía otra fórmula de amor que el libre consentimiento que puede romperse a voluntad. Pero acaso Eva soñaba con el encanto del matrimonio.

Ricardo y Doris, en el automóvil, comentaron la fiesta.

—¡Quién le hubiera dicho a Eva Gardner que



—Desde luego, Jaime, cada cual tiene derecho a vivir como le parece; sin embargo...

iba a tener tanta suerte! — dijo inocentemente Doris.—Cuando la conocí en la Escuela de Bellas Artes, no tenía dónde caerse muerta.

—El dinero no da la felicidad, querida—contestó gravemente Ricardo.

—Desde luego, el dinero no es el todo en

este mundo, pero una vida tan regalada como la que ella debe de llevar, ¿quién no la envidia?

Al oír estas palabras imprudentes, Tyler, con repentino temor, abrazando a su novia, le dijo:

—Oye, Doris, tú y yo vamos a casarnos sin más dilaciones.

* * *

Para el buen señor Riddle, no habían terminado todas las aventuras. Acompañaba en su coche a Flora cuando cometió la imprudencia de quejarse de dolor de cabeza. ¡Oh! súbitamente su amiga quiso convertirse en su enfermera, y quieras o no, le obligó a que subiera a su casa, donde ella le cuidaría.

Don Evaristo estaba desesperado. Entró en casa de Flora y oyó que ésta decía a la criada, una mujer tiesa y áspera como una institutriz de pronóstico:

—¡Tenemos que cuidar mucho a don Evaristo, que está muy malito!

El viejo se dejó caer en un sillón. Ella le obligó a beber un vaso de magnesia, que Riddle tomó con repugnancia.

—Vamos a ver si mi nene se pone bueno prontito...

Le repitió tantas veces "mi nene" con una melopea de canción de cuna, que terminó don Evaristo por dormirse. Ertonces ella, tapándolo cuidadosamente, se retiró a su vez.

El sueño de Riddle fué agitado, nervioso. Se veía convertido en un niño llorón en los brazos de Flora que le cantaba la monótona tonada:

—Vamos a ver si "mi nene" se pone bueno prontito...

Cuando al día siguiente despertó, eran ya las ocho y cuarto. La criada, mirándole curiosamente, le dijo:

—Muy buenos días, caballero... ¿La durmió usted ya?...

Furioso, salió don Evaristo de la casa. Flora dormía aún. El *chauffeur* del banquero había estado esperando en la calle el regreso de su señor. Un agente le llamó la atención para que circulase. Pero él tenía que permanecer esperando a don Evaristo. Cuando vió al banquero, se le acercó y, con aire de complicidad, le dijo:

—¡Buenos días, señor!...

—No hay tal; métase en lo que le importa — respondió Riddle adivinando la ironía del conductor.

—Bien... ¿Y dónde quiere ir el señor?—prosiguió el *chauffeur* con el mismo tono burlón.

—A cualquier parte — rugió el banquero.

Y subió en el *auto*, enfurecido por la nochecita pasada.

* * *

Ricardo y Doris se casaron. Jaime mostró a Eva un telegrama que había recibido de los novios.

Pasando la luna de miel en estas deliciosas montañas, saludámosle cariñosamente.

Estaban cerca del balcón, en la intimidad de una velada.

—¡Pobres muchachos! — suspiró Jaime con burla.

—¡No los compadezcas!—respondió Eva con una mirada melancólica.

En el alma de Eva pareció surgir lo inseguro, lo falso de su existencia presente. Mientras Doris tenía ya el firme sostén del matrimonio, ella seguía su vida irregular, peligrosa, y de momento...

Contempló la calle que las luces eléctricas iluminaban, y vió un espectáculo que estremeció su

corazón. Pasó una mujer de unos cincuenta años, cuya noble ancianidad mutilaba una espesa capa de colorete. La vieja se detuvo ante un caballero y sus ojos tuvieron un guiño innoble. El transeunte, mirándola con compasión, se alejó de prisa...

Un golpe de sangre afluyó a las sienes de Eva. ¡Dios mío! ¿No era aquel el fin de muchas desgraciadas? Sin embargo, ella lo tenía todo... todo, no; Jaime la amaba, pero... como una amiga. Nada más...

—¿Qué tienes? — le preguntó él —. No comprendo qué es lo que te pasa... Tienes cuanto dinero puedes desear para gastarlo en lo que se te antoje...

Eva pareció volver en sí... Después de todo no había otro remedio. Estaba condenada a ser como era... sin remedio... Jaime era enemigo del matrimonio, sólo aceptaba el amor... con entera libertad... Y ya que había de ser así, Eva quería aprovecharse de las ganancias que la vida pudiera reportarle.

—Han telefoneado con respecto a la casa que me ofreciste comprarme en Long Island; quieren que se pague cuanto antes el primer plazo—dijo a su amigo.

Los negocios de Jaime no iban bien, sus gastos eran excesivos. Eva era una amiga muy cara de sostener.

—Esa casa me parece demasiado grande; se necesitarán muchos criados — protestó.

—No sigas... no sigas... a mí no me gusta obligar a nadie...

Jaime calló. ¿Cómo atreverse a confesar que estaba al borde de la ruina? Y Eva, con maleficio de serpiente, dejó caer estas palabras mordaces:

—¿Sabes que Daniel Whitney regresó ya a Nueva York?

Al escuchar este nombre, temiendo que Daniel le arrebatara el amor de Eva, Jaime cogió el libro de cheques y extendió el importe del primer plazo de la casa. El amor de Eva le absorbía, apoderándose de todo él.

Al siguiente día, en casa del banquero Riddle, un empleado de confianza mostraba a don Eva-



—No comprendo qué es lo que te pasa...
Tienes cuanto dinero puedes desear...

risto un nuevo cheque de 10.000 dólares, extendido por Knight. Riddle había abierto un crédito a la casa Knight y Tyler mediante un pagaré que tuvo que ser renovado ya cuatro veces,

y cuyo vencimiento era unos días más tarde.

—¿Ha visto usted, Watkins, cómo juegan las mujeres con algunos hombres? ¡Parece mentira! —exclamó el banquero ante el cheque firmado por Jaime. Aquella Eva, aquella mujer, sería la ruina de una casa comercial.

Súbitamente entró Flora con su perrito faldero. Pidió autorización para telefonar. Se interesó por la salud del banquero, habló por los codos... Watkins, el viejo cajero, sonrió ante esa mujer. ¿De modo que también don Evaristo cultivaba las relaciones femeninas? ¡Cómo estaba el mundo!

Pero don Evaristo las cultivaba bien a regañadientes.

—Lo que a usted le hace falta es tener cerca a una mujer que sepa cuidarle — prosiguió Flora.

Luego, expuso el verdadero objeto de la visita.

—Deseo saber si usted podría facilitarme 5.000 pesos, con la sola garantía de mi firma.

El señor Riddle quedó anonadado. ¡De modo que todos aquellos cumplidos eran para pedir dinero? ¡Válganos Dios!...

* * *

La luna de miel de los tórtolos no llevaba trazas de terminar aún, pero los negocios eran los negocios y Ricardo no podía continuar por más tiempo sin ir a la Oficina.

Tyler encontró a su socio sumamente preocupado. Jaime le confesó la verdad.

—Dispuse de nuestras reservas; el mercado se presenta mal y no hallo modo de cumplir nuestros compromisos.

Esta noticia causó gran impresión a Ricardo, pero no creyó imposible una reacción.

—¿No podremos contar con Riddle para que nos ayude a salir del apuro?

—Ya nos ha prorrogado el último pagaré hasta donde era posible.

—No se preocupe usted, socio. Nos quedaremos aquí hasta que hallemos algún medio de capear el temporal.

Quedaron los dos estudiando el balance y buscando una medida salvadora.

Mientras tanto, Whitney se presentaba en casa de Eva para invitarla a una comida.

—Según he oído decir — advirtió pérfidamente — la casa de Knight y Tyler no anda muy bien.

—Jaime no habla nunca de negocios conmigo — contestó Eva, palideciendo a su pesar. La noticia le sorprendió tanto que, abandonando un momento a Whitney, llamó por teléfono a Jaime, invitándole a la fiesta.

—Lo siento mucho, querida, pero esta noche tendré que trabajar en la Oficina hasta bastante tarde.

—¡Qué lástima! Aquí está Daniel Whitney, que vino a invitarme a comer en el "Crystal-Club".

Al coajuro de este nombre, se encendieron los celos de Knight.

—Nos encontraremos allí — contestó con altavoz.

Ricardo había telefoneado a su vez a Doris advirtiéndole que no podría ir a comer. Pero ella, recordando que aquel día se cumplía el primer mes de casados, le ofreció llevarle la comida al despacho.

Jaime, mordido por los celos, se dispuso a marchar al "Crystal-Club".

—Lo siento mucho, Ricardo, pero tengo que irme, se trata de algo importantísimo.

En vano Tyler quiso convencerle de la necesi-

dad de que no se marchara; había tantos asuntos que resolver. Estéril empeño: el otro salía, sin escuchar ninguna razón.

Doris comió en el mismo despacho con Ricardo, y los dos celebraron con gentil alegría el primer mes de su boda, y la dulce esperanza de ver premiado su amor...

Cuando llegó Jaime al "Crystal-Club" encon-



...y los dos celebraron con gentil alegría el primer mes de su boda, y la dulce esperanza...

tró a Eva con Whitney. Le saludaron fríamente, como a un convidado inoportuno. La mujer bailó con Daniel, sin tener una palabra para su amigo. Jaime sentíase envenenado por el desprecio.

Al siguiente día, toda la prensa publicó la noticia de que la casa Knight y Tyler estaba próxima a la quiebra. Jaime, enloquecido por su ruina inminente, visitó al señor Riddle.

—Quedamos en la ruina si usted no nos tiende la mano.

—Me es imposible; el Banco tiene Junta Directiva con la que sería preciso consultar.

Llegó Ricardo para suplicar a su vez el auxilio del banquero. Estaban en descubierto por 150.000 dólares y necesitaban tenerlos antes de las tres de la tarde.

—¿Por qué no le dice usted a Eva que le saque del mal paso?—exclamó Riddle mostrando a Knight una nota del saldo que Eva tenía en el Banco, y que importaba 165.300 dólares.

Un rayo de esperanza iluminó a Jaime. Aquel dinero lo había dado él en diferentes épocas a Eva. Estaba seguro de que su amiga le salvaría.

—¡Venceremos! — exclamó —. Antes de las tres de la tarde, tendré el dinero.

Confiaba en Eva. Y los dos socios salieron del despacho, Jaime para intentar el último paso, Ricardo camino de la Oficina.

Doris se había enterado por los periódicos de la inminente catástrofe y corrió en busca de su marido. Al decirle que Ricardo estaba en el Banco se dirigió a ver al señor Riddle.

Eva acababa de recibir un magnífico ramo de flores de Daniel Whitney acompañado de una tarjeta que decía: *Quiero verte con ellas esta noche*. La noticia de la ruina de Jaime la sumió en hondo estupor. Ella tenía necesidad de dinero para vivir, de mucho dinero... En lo más íntimo de su alma, vibraba el deseo de ser buena, buena como aquella Doris cuya felicidad envidiaba, pero el mundo, donde todo está abierto para hacer el mal, no lo quería. ¿Qué le ofrecían? Oro, jo-

yas, *toilettes*, palacios... nadie verdadero amor... El mismo Jaime que sentía por ella una gran pasión, era el primero en protestar contra la tiranía conyugal. No le quedaba a ella otro camino que vivir al día y atesorar para la hora melancólica de la vejez. ¡Ay! ¿Por qué comenzó aquella existencia del vicio?

Jaime se presentó en su casa. Llegaba desalentado.

—Ya habrás leído en los diarios lo que ocurre;



Llegó Ricardo para suplicar a su vez el auxilio del banquero.

estoy al borde de la ruina.

—¿Y qué quieres que yo haga? — contestó ella con desenfado. Le interesaba ya poco el hombre que ya no podía ofrecerle más dinero.

—¡Tú puedes salvarme!

—¡Yo! ¡Salvarte a ti! ¿Cómo?

—¿No te das cuenta? Tú eres la última esperanza que me queda, Eva—dijo con voz entrecortada, vacilante

—¿Y por qué he de ser yo quien te saque de apuros? ¿Soy tu socio, acaso?

Hablaba cruelmente, con toda la desnudez de su alma de aventurera. Ella en otro tiempo había deseado ser honrada, formar un hogar, pero Jaime, enemigo del matrimonio, sólo la consideró como objeto de placer. ¿Qué le importaban, pues, sus penas?

—¡No! Yo no puedo hacer nada por ti...

—Eva, te pagaré hasta el último centavo; se trata sólo de un préstamo; te daré cuantas garantías me exijas...

Suplicaba ante aquella mujer, a la que él había colmado de dinero.

Una terrible sonrisa contrajo el rostro pintado de Eva.

—¡Garantías!... ¿Cuándo se te ocurrió a ti darme las garantías a que tiene derecho una mujer cuando ama?

Hablaba furiosa, resentida. Ninguna obligación, ningún lazo les unía. Eran como dos amigos que pueden separarse libremente. ¿Por qué pedía su auxilio? ¿Quién era ella? ¿Su mujer? ¡¡No!! Su amiga, un artículo de lujo que se compra por una temporada. ¿A qué venía, pues, con súplicas?

Pero él, sin comprender los móviles morales que llenaban el alma de Eva, contestó:

—¡Te he dado cuanto tienes! — Y le mostró el saldo que ella tenía en el Banco.

Pero ella se negaba obstinada, terca, furiosa. ¡No! ¡No!

—¡Ah! ¿Y para esto me he sacrificado por ti, dándote cuanto has querido?

Distraídamente sus ojos se dirigieron al toca-

dor donde ella tenía sus joyas y leyó la tarjeta de Daniel Whitney. ¡Ah, miseria!

— Crees haber terminado conmigo ¿eh? — ¡Pues equivocas!

Cogió las joyas que brillaban en un cofre de piel.

—¡Hasta estas joyas me pertenecen! ¡Todo es mío... todo ...y me lo niegas!

—Puedes llevártelas—respondió ella con desprecio—; son imitación de las verdaderas que vendí hace ya mucho tiempo.

—¡Infame! ¡Infame!—rugió Jaime cayendo sobre ella. Sus manos nerviosas y pálidas estrecharon el cuello, amplio como una copa de amor, de la pecadora.—¡Infame! ¡Infame!—Prendió asfixiarla cuando en aquel momento, sonaron tres campanadas lentas, sonoras, como un martilleo fúnebre que resonó en su corazón. ¡Las tres! ¡La hora del vencimiento del pagaré! ¡La hora trágica! ¡Estaba perdido!

Aniquilado se dejó caer, envejecido por las arrugas hondas de la desesperación.

Eva se levantó y, arreglando el cabello, ligeramente despeinado en la lucha, repuso:

—No te quejes, soy lo que tú has hecho de mí.

Jaime la miró con ojos estúpidos, inexpresivos.

—Sí. Me limité a desempeñar el papel que tú me señalaste.

Y habló descaradamente, sin piedad. ¿Qué era ella? La amiga, la querida a la que un día de malhumor se la puede poner en mitad de la calle. A la mujer propia, a la mujer de uno, todas las garantías la amparan. A la amante, no. La amante es despreciada por la sociedad. Ella debía aprovechar los años de ilusión, de juventud que le quedaban, para atesorar dinero

a fin de que su vejez no fuera tan triste como la de la mayoría de las cortesanas. ¡Y ahora le iba a devolver lo que él había pagado? ¡Estúpido! ¡Imbécil!

—La comedia ha terminado. Haga el favor de salir.

Les unió el lazo de la conveniencia mutua, nada más. El quiso su amor, el tesoro de su cuerpo y lo pagó como debía. Todo había acabado. ¡A la calle, en seguida!



—¡Infame! ¡Infame!

Jaime comprendió, aunque tarde, su error. ¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho? Y murmuró con laconismo trágico:

—¡Merezco mi suerte!

—Yo salvé lo que pude del naufragio; las joyas las convertí en dinero; haz tú otro tanto...

—Te agradezco el... consejo. Adiós...

— Cuando abandonó la casa de su amante, era como un muerto. ¡Todo estaba perdido!

Y mientras Jaime pretendía convencer a su amiga, Doris, la esposa de Ricardo, la verdadera mujer ante Dios y la ley, abnegada y heroica, pedía al señor Riddle piedad para su marido.

—Es indispensable hacer algo; no puede consentirse que se arruinen así. ¡Hasta la vida misma daría yo por evitarlo!

Y sus sollozos, sus lágrimas allanaron el alma de Don Evaristo que consintió en abrirles un crédito para que pudieran reponer su quebranto.

Y con el triunfo de su amor de esposa, corrió hacia el despacho, donde Ricardo estudiaba su difícil situación.

— Todo quedó arreglado, Ricardo. El señor Riddle convino en avalar tu pagaré personalmente, y en ayudaros.

— ¡Oh, Doris! ¡Tú has hecho más que nadie! ¡Qué contento se pondrá Jaime!

Jaime llegó a la oficina, llena del desorden que produjo el pánico financiero. Entró en su despacho. Estaba perdido... La ruína... la deshonra... la miseria... Abrió un cajón donde encontró una pistola y el retrato de Eva. ¡Eva! ¡Mujer cruel! Pero él mismo tuvo la culpa. ¿Por qué no buscó una esposa, una buena mujer para las horas buenas y malas de la vida? ¡Sólo quiso la mujer bella, la amante! Y ésta después de haberle arruinado, le pagaba con su desprecio. Jaime ignoraba que en aquel mismo momento, en el cuarto de al lado, Ricardo agradecía a su esposa su milagrosa intervención que les salvaba a todos. ¡Quiso morir! Y apuntándose con la pistola, se disparó un tiro en el pecho.

Al ruido del disparo, entraron Ricardo y Doris y los empleados. Todo fué inútil... Jaime estaba muerto.

* * *

Unos días después, Eva aceptaba la protección de su nuevo amante, Whitney, que le regalaba joyas y vestidos. Irian a cenar a un *restaurant* de lujo. Pero Daniel advirtió:

—Vamos a comer a un buen *restaurant* donde no haya mucha concurrencia.

Palideció Eva, recordando que aquellas mismas palabras las había oído de labios de Jaime. ¡Este era su destino! Apartada de la sociedad... Y ante ella, pareció surgir la imagen de la vieja pintarrajeada que vió una noche parada ante un transeunte... Cerró los ojos para apartar la terrible evocación... Y quiso reír, con la desprecupación de las mujeres que sólo viven por la hora presente... Y envuelta en su magnífico abrigo, marchó con Daniel hacia un *restaurant* donde *hubiera poca concurrencia*. ¡Era la vida!.. Reír.. mientras pudiera... y después... ¡la muerte!

Y mientras tanto, en el hogar de Tyler, Ricardo y Doris celebraban la gloria del amor de esposa, triunfante como el sol.

Llegó Flora Lowery, la antigua solterona, acompañada del banquero Evaristo Riddle, sonriente y ufano.

—Les presento al niño mimado de la familia—dijo Flora riendo. ¡Se había salido con la suya! Tanto se interesó por él, que el banquero cayó en sus redes amorosas. ¡Le cazaron! ¡Pero era feliz!

—Por fin me he convertido en padre adopti-

vo de un falderillo—repuso Riddle acariciando el perrito de Flora.

Los Tyler agasajaron a Don Evaristo que con su bondad les había salvado de la ruina. Y los dos matrimonios convinieron, recordando el trágico fin de Jaime, que lo mejor era casarse... y lo que costaba menos. Y Ricardo besó de nuevo a Doris, recordando que, gracias a su cariño, a su amor de esposa... abnegado y fiel... luz que lo mismo brilla en días claros de sol que en los tiempos de dolor y de infortunio, era posible celebrar el retorno a la paz.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La novela anunciada en nuestro número anterior, o sea:

¡Galleguita!...

Grandioso éxito - La mejor película de la «BUENOS AIRES FILM»

Protagonista:

la bella EMILIA VIDALI

Postal-fotografía regalo:

Renée Adorée

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio: 25 cts.

¿Ha comprado usted ya el último
gran éxito de *Los Grandes Films*
de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Cuando las mujeres aman ?

(Presentaciones del CIEC)

Portada a bicolor - Profusión de fotografías

64 páginas - Precio popular: 50 céntimos

SU REVISTA PREDILECTA SERÁ

???

editada por
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA